



El tema de «República» se ha convertido en un asunto mayor de política ideológica o de problema internacional; un tema que se presta a toda clase de explotaciones en un momento muy peculiar. En la foto, manifestación de socialistas en Lisboa tras el cierre del diario.

LA NUEVA GUERRA FRÍA

“REPUBLICA” Y EL “DOCUMENTO DE MOSCU”

El caso del diario de Lisboa «República» se ha ido convirtiendo de un leve asunto puramente local, propio de una situación revolucionaria que no termina de asentarse o de definirse (quizá, más bien, haya un exceso de definiciones que no llegan a formar realidad), en un asunto mayor de política ideológica o de problema internacional. Es un gran tema, que se presta a toda clase de explotaciones en un momento muy peculiar.

Cruce de fuerzas

«República» era —¿es?— un periódico de propiedad privada con intervención estatal, como todos o casi todos los de Portugal: al nacionalizarse Bancos y compañías de seguros, quedaron indirectamente nacionalizados los periódicos que les pertenecían o en los que tenían grandes paquetes de acciones; prácticamente, todos. En «República», la privatización de la propiedad se ha mantenido en una parte mayor que en sus colegas, porque existía un reparto previo de acciones (se habla de unos 3.000 pequeños accionistas). En la toma de posiciones inmediata, al 25 de abril, la redacción de «República» cayó en manos socialistas (sin ser nunca un órgano oficial del partido socialista) y bajo la dirección de Raúl Rego, un periodista de prestigio antifascista, que llegó a ser ministro de Información (con Spínola). Sus

operarios, en cambio, no compartían la política de los redactores: en una de las numerosas operaciones de «saneamiento» o de revisión de control de empresas por sus empleados que caracterizan la situación portuguesa, estos operarios decidieron despedir al director y a los redactores y sacar el periódico por su cuenta: el Movimiento de las Fuerzas Armadas, ante el litigio, optó por suspender la publi-

cación del diario, cumpliendo así la nueva ley de prensa, hasta que se aclarase la cuestión. Inmediatamente se dedujo que: a) los obreros eran de obediencia comunista y hostilizaron así a los socialistas; b) que el Movimiento de las Fuerzas Armadas, en colusión con los comunistas, aprovechaba la circunstancia para cerrar un órgano de expresión socialista, aunque no de mucha difusión (con 35.000 ejemplares diarios de tirada, es el último de la lista de los de Lisboa, junto a «Jornal Novo»). Los obreros de «República» han publicado ahora un manifiesto en el que niegan que obedezcan a ningún partido o grupo o secta religiosa, pero que este grupo «de oscuros trabajadores» no han querido permitir que el periódico siguiera en manos de «falsos talentos, de hombres de arrogancia burguesa: había caído

en el reino de la decadencia, de la ruina del trabajo y de la sofisticación de los principios del socialismo»; los obreros pretenden crear «una información en manos de los trabajadores» y no de los «antifascistas de antes del 25 de abril y de después del 11 de marzo, que se han convertido en autoritarios para inyectar en las clases explotadas su ideología de clases dominantes, robando la información». «La comi-

sión de trabajadores de «República», formada por militantes obreros de numerosas organizaciones y partidos (incluyendo al partido socialista), deberá dialécticamente saber acompañar el desarrollo del proceso de la información en tanto que catalizador o detonador, o será sobrepasada». (Manifiesto del 24 de junio.)

A su vez, los redactores responden con un texto, de 25 de junio, que explica de una manera muy distinta los hechos. «A partir del jueves 12 de junio —dicen—, el caso de «República» es el terreno de una triple prueba de fuerza. En primer lugar, la del general Otelo Saraiva de Carvalho (...). Rehusando ejecutar las consignas del Consejo de la Revolución, Otelo probaba al mismo tiempo su margen de maniobra con respecto a esta instancia superior y la capacidad del partido

socialista de demostrar su existencia real y su fuerza. No hay que perder de vista que una gran parte del MFA preconizaba la liquidación, pura y simple, de los partidos políticos, de los que se pretende que no buscan los intereses del pueblo portugués y que su querrela permanente esterilizaba los esfuerzos de continuación del proceso revolucionario. Una parte del ejército seguía, pues, con simpatía, las acciones del jefe del Copcon, cuyo objeto era evidentemente una participación más fuerte de las fuerzas armadas en el gobierno del país. La segunda prueba de fuerza fue la resistencia opuesta a esta tentativa por las instituciones amenazadas (...). En cuanto a la tercera prueba de fuerza, es aquella de la que el partido socialista ha salido provisionalmente vencedor (...). «El camino que lleva al socialismo y a la democracia no es un camino fácil», decía el otro día Alvaro Cunhal. ¿Quién, en Portugal, le ha dicho eso? ¿Cómo lo sabe? ¿Es por eso por lo que rechaza resueltamente emprender ese camino? La democracia no existe solamente detrás de un micro o en la tribuna de una manifestación pública. Está en todas partes. En las calles, en sus palabras, en su comportamiento, en la opción de sus luchas. Estaba esta semana en la puerta de «República». Mañana estará en otro lugar...».

Aceptando todas estas declaraciones, o sus bases, encontraría ▶

Juan Aldebarán

«REPUBLICA» Y EL «DOCUMENTO DE MOSCÚ»

mos que los obreros de «República» no son comunistas, pero su acción está fuertemente apoyada por el PC; como los redactores del periódico no son portavoces del PS, pero éste está enteramente detrás de ellos. La querrela es absoluta: y el caso «República» se convierte en un episodio agudo entre los dos partidos marxistas. Al mismo tiempo, se convierte en el centro de unas diferentes opciones en el seno del MFA, del Consejo de la Revolución... Grandes temas comienzan a dibujarse en la discusión: la libertad de prensa, las posibilidades de la democracia en una revolución (tema clásico, decimonónico, de discusión entre izquierdistas), la pluralidad de partidos, el papel de los militares con respecto a los civiles...

El tema se eleva

Pero de ahí el tema salta a algo de mucha mayor envergadura. Estamos en un momento de renacimiento del anticomunismo de posguerra en todo el mundo occidental, por necesidades peculiares de Estados Unidos y como consecuencia de un deslizamiento hacia la izquierda de los países europeos, principalmente en el Sur; el viejo anticomunismo no ha echado brotes nuevos y se atiene a sus formas anteriores. Necesita un «caso» que sea, más o menos, lo que fue el caso Kravchenko en la guerra fría (1). El tema de «República» aparece maravillosamente para una demostración que ya comenzó en los frentes populares previos a la guerra: la que la derecha muestra a la izquierda de que una alianza con el comunismo es una entrega al comunismo. Los fenómenos de Portugal se prestan admirablemente al caso: siendo el partido socialista mayoritario en las elecciones, está sobrepasado continuamente por los comunistas, minoritarios, pero con una capacidad de maniobra y de acción muy superior. En «Jornal Novo», que es también de tendencia socialista, se dice de los comunistas: «Tres de sus militantes valen frecuentemente por diez socialistas», y la frase se hace famosa. Hasta tal punto esta cuestión de «República» se convierte en campaña, que algunos partidos comunistas, el italiano concretamente y el exiliado español en

Paris, critican rápidamente a los comunistas portugueses y aceptan la versión socialista dada por Mario Soares, sin demasiado análisis de los hechos. Lo que les importa es, sobre todo, decir a sus aliados de la izquierda que ellos no son así. Que son demócratas. El partido francés, en este caso, es más duro. Acepta la versión de los trabajadores, lo reduce —oficialmente— a una «simple cuestión de trabajo»...

Y se encuentra con una bomba. El «Quotidien de Paris» ofrece una página a los redactores de «República» para que burien su silencio: los redactores de «República» la utilizan, pero no ya para su defensa, sino para la publicación de un supuesto documento secreto de Moscú dando consignas a los partidos comunistas extranjeros, consignas que los portugueses estarían obediendo y en virtud de las cuales habrían «amordazado» —son sus palabras— al periódico «República». Ahora se entronca directamente con el antes citado caso Kravchenko de la posguerra: desertor soviético autor de un libro anticomunista, promovió un proceso contra la prensa comunista de Francia y en ese famosísimo proceso el tema directo se olvidó en las demostraciones de que partido y periódicos estaban al servicio y a sueldo de Moscú.

El «documento»

En este «República»-«Quotidien de Paris», el documento que se cita y se comenta no aparece nunca. Se citan frases y se atribuye directamente a Ponomarev. Estaría dictado en octubre de 1974, con ocasión de la visita de Alvaro Cunhal a Moscú. Se dice cuál es su «sustancia», y se resume así: «Deben formarse centros de poder paralelo, exteriores al poder central. Se recomienda la organización de grupos operacionales controlados por el partido comunista cuya tarea sería reforzar su presencia en los centros administrativos periféricos, sabotear las directrices y destruir la eficacia administrativa. Toda tentativa de resistencia por parte de los funcionarios debe ser aplastada, atribuyendo a los interesados intenciones de complot, si fuese necesario (...). Es preciso crear un sindicato único o unitario que actúe con firmeza contra los "divisionistas" que perjudican la unidad de los trabajadores y favorecen las fuerzas subversivas de la reacción. Puesto que las fuerzas armadas pueden, si quieren, condicionar la actividad política, es absolutamente indispensable buscar una alianza táctica con el ejército. Lo cual implica la conversión o la subversión de elementos del ejército situados en lugares elevados (...). Los partidos comunistas occidentales que consiguen penetrar en los medios de poder de-

ben retirar lo más rápidamente posible a los enemigos de la clase obrera todos los "mass media" y todos los instrumentos de propaganda, con el fin de ganar la primera batalla: la de las consignas».

Ya está desbordado el tema —o el complejo de temas— locales de Portugal; ya está superada la simple polémica entre socialistas y comunistas por las vías prácticas y las ideológicas: el «documento» nos mete de lleno en el tema olvidado de las relaciones de Moscú con los partidos comunistas occidentales como «quinta columna»: ya estamos en el tema internacional de la guerra fría: la culpabilidad de la URSS.

Pero, ¿es real este documento que se presenta como «ultrasecreto»? Lo primero que sorprende a quien conozca las actuales líneas de fuerza de la política internacional es que está en contradicción con el amplísimo movimiento de

«nacionalización» de los partidos comunistas que se inicia con el «testamento de Togliatti» (mal llamado testamento, porque cuando lo redactó no sabía que iba a morir antes de que se hiciese público) y se ahonda con la cuestión de Checoslovaquia, que tiene una gran división en el tema chino, que produce grados de tirantez variable entre Moscú y numerosos partidos comunistas, y no sólo los de occidente, sino también los de alguna República Democrática...

Hasta ahora, la propaganda anticomunista había variado su línea de «obediencia a Moscú» de los partidos occidentales por dos razones: primero, porque no convenía a la «coexistencia» seguida por los Estados Unidos y por muchos gobiernos europeos; segundo, porque se podía explotar el fin del comunismo visible en el síntoma de la «desagregación», de la desunión de un



Los obreros de «República» han publicado ahora un manifiesto en el que niegan que obedezcan a ningún partido o grupo o secta religiosa, pero que este grupo de «oscuros trabajadores» no ha querido permitir que el periódico siguiera en manos de «falsos talentos, de hombres de arrogancia burguesa...».

(1) Victor Kravchenko, o Krawchenko, escribió su biografía novelada, «Yo escogí la libertad», que fue ampliamente difundida en numerosos idiomas a precios anormalmente bajos, e incluso gratuitamente; el título quedó acuñado como una de las frases de la guerra fría para designar a los desertores de los países comunistas: «escogían la libertad». Su largo proceso contra «Les Lettres Françaises», revista literaria comunista dirigida por Aragon, sirvió para un numeroso desfile de testigos y se convirtió en un proceso contra la prensa y el partido comunista de Francia. Pasado el proceso, Kravchenko dejó de ser útil y cayó en el olvido. Su segundo libro, «La espada y la serpiente», no recibió apenas atención.



El viejo anticomunismo, que ahora resucita, no ha echado brotes nuevos, sino que se atiene a sus formas anteriores. Necesita un «caso» que sea lo que fue el caso Kravchenko en plena guerra fría. En la foto de archivo, Victor Kravchenko, desertor soviético y autor del «best-seller» «Yo escogí la libertad».

movimiento que había sido monolítico, unitario, internacionalista, basado en una consigna sobre todas las consignas, la de «Proletarios de todos los países, uníos», que presidió ya la primera Internacional. Los mismos centros de propaganda consideran ahora mejor volver a la idea de la gran conjura internacional con cabeza en Moscú. A este respecto, el nombre de Ponomarev está bien escogido, porque es el encargado —o «responsable»— dentro del comité central del PCUS de las relaciones con partidos comunistas que no están en el poder.

Aparte de esta duda de fondo, se suscitan otras. Una de ellas es por qué el documento que se define como ultrasecreto, pero «caído en manos de periodistas europeos», no se publica íntegro, sino en forma de sustancia o resumen. Se duda de que Ponomarev fuese tan indiscreto como para firmar un documento de ese alcance. Se duda también de que en estos momentos en que la Unión Soviética juega la carta de la coexistencia a fondo, y la de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, diese a los partidos órdenes —si pudiera darlas— que no fueran las de moderación o contención. La URSS es uno de los países que menos interés tiene en que se cree un foco de tensión comunista en Europa... Entre tantas dudas sobre la verac-

dad del documento —que «L'Humanité» no vacila en considerar una falsedad absoluta de carácter provocador, como la que se hizo en torno al incendio del Reichstag en los albores del nazismo— aparece alguna pista: Ponomarev, en efecto, publicó algunos artículos sobre el tema de los partidos comunistas en occidente —que es su especialidad— en «Problemas de la paz y del socialismo» (revista teórica con sede en Praga, editada en varias lenguas extranjeras), que podrían haber servido de base para unos hábiles redactores para ser utilizados en la creación de un falso documento: no tanto en su redacción completa, sino en su resumen... Es cierto que Ponomarev, en uno de aquellos artículos, consideraba que los comunistas debían «suprimir todo apoyo a los medios de información y de propaganda del enemigo de clase», lo cual se podría traducir en el análisis de «República»-«Quotidien...» como «amordazar pura y simplemente la prensa de oposición» (2).

Moscú ha reaccionado rápida y

(2) La segunda publicación de «República» en «Le Quotidien» (27 de junio) acepta que se trata, en efecto, del artículo teórico de Ponomarev en «Problemas de la paz y del socialismo». Admite sin sin decirlo, la falsedad del carácter «ultrasecreto», del documento «caído en manos de periodistas europeos». El texto de Ponomarev había sido divulgado públicamente en Occidente hace un año.

vivamente ante el documento y su difusión mundial. Para la agencia Tass, los socialistas portugueses «han sobrepasado los límites que separan la lucha política de la provocación policiaca». El corresponsal de «Pravda» en París lo considera como «una grosera provocación que ha ocasionado la indignación de los medios democráticos en Francia».

¿Otra vez guerra fría?

Pero lo que sin duda preocupa en Moscú es saber si se trata del principio de un cambio general de política. Podría ocurrir que el documento no haya sido ni siquiera conocido o consultado al partido socialista portugués, sino pura iniciativa del grupo de redactores de «República»; podría ocurrir que ellos mismos hubiesen sido llevados por sus colegas del «Quotidien de París» —se dice que el documento cayó en manos «de periodistas europeos», y no precisamente portugueses—, y que, por lo tanto, formase parte simplemente del problema local y de una guerra periodística.

Pero Moscú está acostumbrado a ver siempre cada hecho como procedente de una voluntad de los Estados Unidos; sobre todo cuando a partir de unas hojas sin demasiada importancia —una página redactada en portugués con el nombre de un periódico que no sale, publicada en un diario de París que no tiene lectores— alcanza inmediatamente una resonancia internacional. Podría ocurrir que con intención provocadora (o sin ella) de quienes lo han publicado en París, portugueses y franceses, procediese de una «intoxicación» salida de más altos designios: de un cambio de política de Kissinger y Ford, de una nueva vía de actuaciones de la CIA. Cierto que está en la línea de contención del comunismo que inauguró apresuradamente Washington a partir de los acontecimientos de Portugal, de Italia, de Grecia y del programa común de la izquierda francesa. Pero hasta ahora este anticomunismo se estaba llevando a escala nacional, por varias vías: el fortalecimiento de grupos de extrema derecha de militancia anticomunista, los esfuerzos de división entre los comunistas y la izquierda parlamentaria y democrática, el refuerzo de los gobiernos resistentes, las subvenciones a los órganos de expresión anticomunistas... Pero siempre, recordemos, a escala puramente nacional, cuidando muy bien de no mezclar a la Unión Soviética. Incluso con el fortalecimiento de la idea de que una cosa son las políticas internacionales de cada país y otra las circunstancias nacionales.

¿Va a cambiarse el sentido de la campaña, va la URSS a ser de nue-

vo blanco de los ataques directos del anticomunismo? ¿Pueden intentar los Estados Unidos cortar las relaciones de los países europeos con la URSS, mientras ellos las prosiguen a escala exclusivamente bilateral? ¿Podrían los Estados Unidos hacer una inclinación hacia China, ahora que han saldado sus cuentas en Asia y les preocupa menos el comunismo chino, para utilizarla en un nuevo cerco a la URSS?...

Es, quizá, ir demasiado lejos. Pero la perpetua desconfianza de la URSS debe hacerle analizar cada detalle de todo este sospechoso asunto. Que por otra parte está consiguiendo objetivos locales muy importantes: la mayor profundidad de la división política entre la izquierda portuguesa, la desconfianza de los demócratas hacia el MFA —a quien no ha servido de gran cosa, en este ambiente, su declaración favorable al pluralismo— y sobre todo la creación de un ambiente incómodo para la izquierda en Francia, lo cual es uno de los objetivos fundamentales de la derecha. En Francia, la izquierda unida, si se mantiene, podrá ganar con facilidad las elecciones próximas, con mucha más facilidad que en Italia. Romper la unidad —que, por otra parte, es enormemente quebradiza, frágil— antes de que se produzcan tales elecciones es primordial para la derecha y desde luego para los Estados Unidos y para el anticomunismo internacional. La declaración de Mitterrand respecto a todo este asunto es muy importante. «El partido socialista defiende el derecho de «República» a publicarse. Somos solidarios del partido socialista portugués en lo esencial de su gestión. La publicación de «República» en un período francés es una idea inteligente que no encuentra ninguna reserva de mi parte». Hasta aquí, las opiniones de Mitterrand son esencialmente distintas de las del secretario general del PC francés, Marchais, quien considera el caso de «República» como una maniobra, y considera que el «Quotidien...» o quienes lo inspiran y sostienen no habían publicado ninguna página en portugués cuando los izquierdistas portugueses estaban en las prisiones de Salazar. Es una diferencia aguda y bien conseguida. Pero Mitterrand se niega a admitir la realidad del documento. «En cuanto al documento, mi impresión de lector es que me cuesta trabajo pensar que un documento secreto de Moscú se pasee solo. Lo conocíamos en el partido socialista hace una semana (antes de su publicación). Como no tengo miedo de verificarlo, tendría tendencia a pensar que este documento no tendría realidad histórica. Si las cosas se hacen realmente así, no veo para qué sería necesario un documento». Un mentís con algunas reservas... ■ J. A.